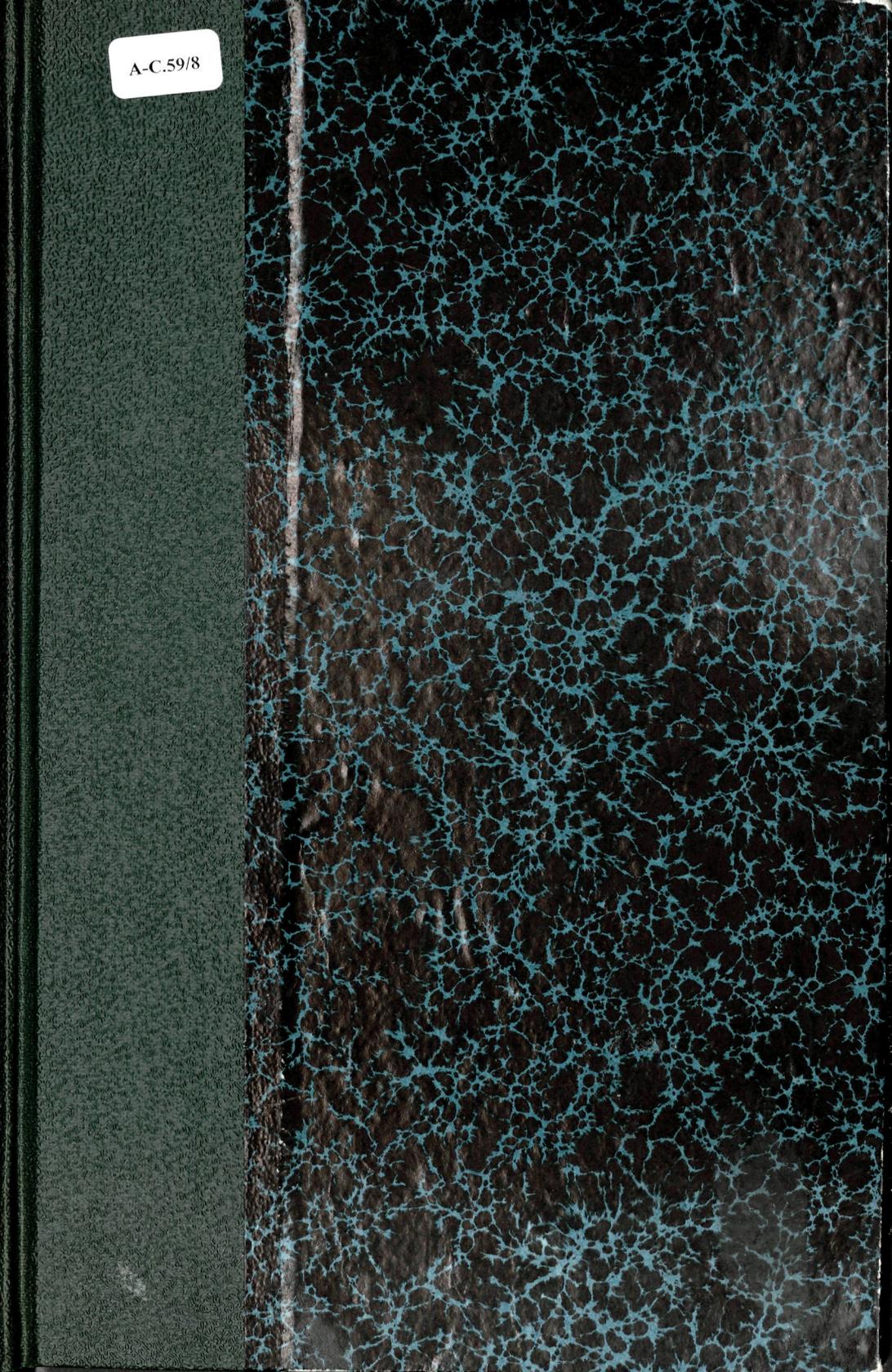


A-C.59/8



EL DOS DE MAYO



V-24128
Eh.

5

Postcard, 31 pages.

76

ESCENAS CONTEMPORANEAS

020 C

EL DOS DE MAYO.

MANIFIESTACION

DE LOS ACONTECIMIENTOS

EN EL PALACIO DE ANTONERIA DE MADRID

ESCRITA POR

Don Rafael de Arango.

Impreso y vendido en Madrid en la imprenta de don Juan de la Cruz, en la calle de San Mateo, número 10.

COMISION DE LOS SEÑORES D. JOSE DE MADRUGA, D. JOSE DE MADRUGA, D. JOSE DE MADRUGA

1808

A-Caj 59
8

R
38125

ESCENAS CONTEMPORANEAS.

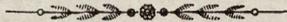
EL DOS DE MAYO.
MANIFESTACION
DE LOS ACONTECIMIENTOS

DEL
PARQUE DE ARTILLERIA DE MADRID.

ESCRITA POR

Don Rafael de Arango,

Teniente y ayudante del Real cuerpo de Artilleria, en aquella jornada, y coronel de caballeria destinado en la isla de Cuba su patria.



*Impresa en el año de 1837 y reimpressa en Madrid el 2 de Mayo de 1855
y 2 de Mayo de 1864.*

MADRID.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,
Calle del Turco, núm. 41.

1864.



38152
R/

ESCRITAS CONTEMPORANEA.

EL DOS DE MAYO.

MANIFESTACION

DE LOS ACONTECIMIENTOS

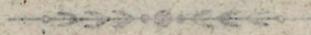
DEL

PARQUE DE ARTILLERIA DE MADRID

ESCRITA POR

Don Manuel de Arango,

Teniente y ayudante del Real cuerpo de Artillería, en aquella jornada, y coronel de capitanía destinado en la isla de Cuba su patria.



Impreso en el año de 1808 y reimpreso en Madrid el 2 de Mayo de 1857.
y 2 de Mayo de 1864.

MADRID.

IMPRERTA DEL COLEGIO DE SORDOS-MUROS Y DE CIEGOS.

Calle del Turco, núm. 11.

1864.



EL DOS DE MAYO.

Hoy se cumplen 56 años que sellaron con su sangre los Mártires de nuestra Independencia salvándonos de la ignominiosa esclavitud, á cuyo carro se hallaban uncidas todas las Naciones del continente, y hoy celebramos con el patético sentimiento de nuestros corazones tan gigantesco y tan venturoso acontecimiento.

Nosotros, á fuer de periodistas, debemos consagrar la mayor parte de las páginas de nuestras publicaciones á inmortalizar con nuestros débiles acentos aquel acontecimiento que vanamente trataríamos de enaltecer á los ojos de la generacion presente, á la que dedicamos todas las páginas de nuestra revista con la narracion sencilla que vamos á reproducir.

Esta narracion la escribió el ilustre, valiente y modesto D. Rafael de Arango, Ayudante del Real Cuerpo de Artillería en aquel célebre día en el que la Providencia lo salvó milagrosamente para darnos con tanta sencillez como veracidad los pormenores que vamos á narrar y de cuyo relato quedó encargado su hijo único D. Joaquin de Arango y Nuñez, actual Capitan del Regimiento Infantería de San Fernando, condecorado con dicha orden ganada en los campos de batalla de nuestra malhadada guerra civil.

La siguiente Real orden espedita despues del fallecimiento del Coronel D. Rafael de Arango, retirado en su pais natal, acredita su modestia y al mismo tiempo la consideracion que á su memoria consagró el Gobierno.—Dice así:

—Primera Secretaría de Estado—Ultramar—Excmo. Sr.—El Sr. ministro de Estado y Ultramar dijo en 1.º de Setiembre de 1856 al Gobernador Capitan General de la Isla de Cuba lo siguiente:—«Enterada la Reina (q. D. g.) de lo manifestado por V. E. en carta número 628 de 8 de Abril del corriente año en la que y en cumplimiento de la Real orden de 28 de Noviembre de 1854 informa sobre la colocacion del retrato del difunto Coronel D. Rafael Arango en las casas Consistoriales de esa Ciudad, como recuerdo y remuneracion de los servicios prestados por el mismo el 2 de Mayo de 1808, S. M. se ha servido disponer que en el frontis de la casa donde nació el espresado Coronel D. Rafael Arango se coloque una lápida con una inscripcion

que recuerde á la posteridad el hecho de armas á que con tanta gloria contribuyó y del que va hecha mencion.»

Lo que de Real orden traslado á V. E. para su conocimiento y satisfaccion.—Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 8 Abril 1858.
—Isturiz—Sr. D. Andrés de Arango.—

La memorable defensa del parque de artillería en Madrid el día 2 de mayo de 1808, la defensa de un parque de nombre, pues que, solo era una casa particular, descubierta y presentada á tres calles por donde fué vigorosamente acometida, la defensa obstinadísima que sustentaron no mas que 22 artilleros entre oficiales, sargentos, cabos y soldados, y unos 80 paisanos, contra numerosos cuerpos de franceses aguerridos que atacaban sucesivamente; la defensa en que despues de agotados todos los recursos del valor, no se rindieron sino á la muerte los dos hombres extraordinarios que allí fueron á buscarla reflexivamente, para no sobrevivir al cautiverio de su rey, esta defensa es lo principal que me propongo manifestar ahora.

Pero antes de empezar mi relacion, es oportuno decir brevemente cuales son mis títulos para escribir sobre esto; por qué no lo hice en otros tiempos, y qué motivos me han estimulado hoy, hasta hacerme prescindir del embarazo de haber de hablar de mí mismo.

En Agosto de 1807, me habia embarcado para la Habana, mi destino, en clase de teniente del real cuerpo de artillería: en su travesía me hicieron prisionero los ingleses; cangeáronme para la Coruña en setiembre, y á principios de 1808 llegó á Madrid mi hermano mayor el intendente honorario de ejército don José de Arango, que obtuvo real licencia para llevarme á su lado para regresar á mi referido destino y nuestra patria. Llegué á la capital el día 1.º de abril, y aunque pude como transeunte escusarme de ser empleado allí, no lo hice, porque ya barruntábamos la ocasion de acreditar nos los españoles, y á la primera insinuacion que me hizo el comandante de artillería don José Navarro Falcon, admití el encargo de ayudante. Estos fueron los pasos que me condujeron al honor de haber sido testigo de uno de los heroicos hechos de Madrid el 2 de mayo, cual fué la defensa del parque; relacion que puedo hacerla circunstanciada, porque fui el primero que entré en él, y el último que salí; y porque no he podido olvidar mi dia mas interesante; así por la noble, la justa causa en que me empeñé, como porque en él recibí las lecciones de DAOIZ y de VELARDE, impresas con su ejemplo en mi corazon, y esmaltadas en mi ropa con la sangre del primero. Será imparcial tambien

mi relacion, lo que no se dudará en vista de mi desinterés probado con mi silencio hasta ahora, puesto que si no lo hice en tiempo, ni para dar el parte debido á mi jefe, porque apenas pude hacer algunos apuntes en la forzosa sucesion de mis emigraciones, (1) tampoco lo intenté despues; porque temí se me atribuyera á anhelo de adquirir méritos en lo que hice por deber como soldado de Fernando VII, y por voluntad como español; y ni siquiera cedi á las sugestiones de mi amor propio, aunque fuera muy disculpable la ambicion de ensalzarme presentándome como compañero de aquellos varones ilustres. Y todavia continuara el sacrificio de mi interés á mi delicadeza; pero no debo sepultar en ella el mismo noble propósito del capitán de artillería don Ramon de Salas, autor del *Memorial histórico de la artilleria española*, que supongo ser el de manifestar con hechos la importancia y la escelencia del cuerpo, y como he visto que olvidó á los oficiales que estuvimos en el cuartel, cuando nombra á los de un cuerpo extraño, podrá decirse que si la artillería pudo ostentar la peregrinidad de dos héroes en una accion parcial, debe lamentarse del imperdonable olvido de otros oficiales. Además hay en el capítulo décimo del *Memorial* inesactitudes y faltas de circunstancias que hasta ponen trocada la primacia entre los dos campeones, lo que prueba que el autor no tuvo datos seguros; porque el *expediente oficial* á que se refiere en su página 259, no se compuso de partes oficiales que no pudo haberlos, supuesto que mis compañeros tuvieron que escapar como yo, y sobre seguro falta mi parte que hube de dar como ayudante. Y con estos fundamentos me ha parecido preciso detallar todo lo que sucedió á mi vista en aquel teatro de gloria y desventura: protestando, que muy lejos de proponerme hacer la critica del *Memorial histórico*, me ceñiré á la sencilla relacion de los sucesos, sin analizar los suyos, sin cotejarlos con los míos, y sin otra mira que la de que el autor enriquezca de verdades su libro interesante, si acaso volviere á escribir conforme á estas palabras de su prólogo. «Trabajando yo despues del año de 1828 en corregir y mejorar lo mucho que necesita el prontuario de artillería que publiqué aquel año con el fin de dar una segunda edicion mas completa de él, se me fueron viniendo á la mano una porcion de noticias históricas, que no teniendo allí su oportuna colocacion, eran sin embargo dignas de conservarse, y esto me sugirió la idea del *Memorial histórico*.» Yo me tendria por muy dichoso y útil si

(1) Véase la nota al fin.

lograra que, escitada nuevamente la pluma de don Ramon de Salas, hermoase los hechos que voy á referir. —

Habian trascurrido muchos dias del mes de abril, en los cuales, con mas ó menos accidentes, la lealtad española fué como aquilatándose, y mas indignándose á medida que intentaban minarla con pérfidas maniobras los agentes de Napoleon. Así apareció el muy borrascoso dia 1.º de mayo, que fué el preludio del *Dos* eterno. Al amanecer de esa vispera, los franceses habian repartido un folleto impreso en la casa misma de Murat, con el titulo de «Carta de un oficial retirado en Toledo,» que trataba de persuadir á los españoles, la «conveniencia nacional de cambiar la rancia dinastía de los ya gastados Borbones, por la nueva de los Napoleones muy enérgicos.» Este paso dado para preparar la opinion del pueblo á que recibiera con menos convulsiones la salida de las Personas Reales, fraguada para el dia siguiente, les produjo un efecto del todo contrario; pues la caida del rayo en un almacen de pólvora, no hubiese producido inflamacion mas rápida que la que encendió en los pechos españoles la sacrilega proposicion del cambio de dinastía. No es mi designio contar las ocurrencias de aquel dia, mayores ó menores, comparadas entre sí, pero todas grandes si se las viera aisladas.

Propóngome solamente dar alguna reseña de la disposicion de los ánimos; y para esto bastará añadir á lo dicho el desafio que en la fonda de Genieys hubo de tres oficiales españoles, de los que uno fué don LUIS DAOIZ, contra igual número de oficiales franceses; desafio que no se efectuó en el acto, porque personas prudentes llamadas para padrinos, lo aplazaron, persuadiendo á unos y otros que no debian con una riña particular añadir leña á la hoguera que estaba ardiendo; y diríase que por esta mediacion discretísima lo que se aplazó fué la inmortalidad de DAOIZ en mas legítimo, mas duradero y mas reproducido combate. Se pasó el resto de aquella tarde haciendo nuestro deslumbrado gobierno los mayores esfuerzos, no solo para calmar la efervescencia de la poblacion, sino para inspirar la mayor confianza en sus huéspedes, que todavia se daba este nombre á las vívoras que en nuestro seno pasaron toda la noche preparando la sorpresa mas infame con que empezaron ese dia DOS DE MAYO.

Eran las siete de la mañana cuando mi hermano, que me trataba como á un hijo, pues yo tenia entonces veinte años de edad, viéndome salir apresurado quiso detenerme para almorzar, y le advertí que iba temprano á tomar la orden, porque me prometia un dia terrible, segun las prevenciones que en el anterior me habian hecho los gefes. —

Adios, me dijo con la voz anudada, y «acuérdate siempre, que hemos nacido españoles»—Fuíme á casa del gobernador, cuya orden general se redujo á «hacer retirar las tropas á sus cuarteles, y no permitir las juntarse con el paisanage.» De seguida fui á ver á mi comandante, y lo encontré en la calle ancha de San Bernardo, donde me dió escrita una orden semejante á la del gobernador, y de palabra la «de que inmediatamente me fuese al cuartel porque ya estaban á la puerta de él muchos paisanos con la pretension de que se les armase, á los cuales debia yo disuadir de su arrojio por cuantos medios suaves me dictara la prudencia;» es de advertir, que desde algunos dias antes, una compañía del tren de artillería de los franceses estaba allí acuartelada.

Partí con la presteza que exigian las circunstancias, y llegué al parque antes de las ocho y media. Efectivamente hallé una pequeña reunion de paisanos, que al reconocerme oficial de artillería me victoreaban, como para estimularme al auxilio del despechado enojo con que venian de ver, sin haber podido estorbar la salida de S. M., la Reina de Etruria viuda, y de S. A. el Infante don Francisco de Paula. Qué denuedo el de aquellos hombres! Mejor dicho. Qué fiereza!... Porque la rabia de una Leona á quien arrebataron sus cachorros, es la comparacion única del furor de los madrileños, cuando sobre el cautiverio de su Fernando recién aclamado vieron comenzar en aquella salida la infanda permuta de su dinastía. Mi posición en este punto era tanto mas difícil, cuando que hallé á los franceses, que eran de sesenta á setenta con las armas presentadas y preparadas, que solo esperaban la voz del oficial para descargarlas sobre el grupo inerme de algunos sesenta paisanos (1), y con todo eso, aquellos pocos valientes enfurecidos no cesaban de repetirme victores alternados con insultos y amenazas á los *gabachos*, como los llamaban. En tal aprieto me acerqué al que hacia de comandante francés, le hice ver la mengua de atacar á unos miserables desarmados, y la responsabilidad en que él se pondria con su gobierno, si no se revestia de la discrecion necesaria para calmar los ánimos, que era la instruccion que yo sabia habersele dado. Tambien le supuse que la tranquilidad se habia restablecido en el centro de la poblacion, y en tal caso no debia inquietarse por las vociferaciones de aquellos pocos. Logré con esto inspirarle alguna confianza y salvar por el momento aquellos preciosos españoles.

Algo sosegado yo por esta parte, me fui á lo interior á pasar lista

(1) Nótese que siempre es á ojo mas ó menos exacto el número que dare de hombres, pues no eran de contarse en aquellos apuros, y lo mismo será de las horas.

á mi tropa, que solo constaba de diez y seis entre sargentos, cabos y artilleros: número que me desconsoló mucho. Les previne la moderación que habian de guardar conforme á las instrucciones que yo habia recibido y mas conforme á nuestra debilidad.

Esto efectuado, volví hácia la puerta principal, y la hallé cerrada por disposición del capitán francés, que no se quietaba con toda la superioridad en que estaba situado, y aquí fué donde parecieron desencadenadas todas las furias, intentando romper la puerta por afuera con piedras y palos al son de furibundos gritos de sangre y muerte.

Al mismo tiempo, y como por encanto, descubrí á un alférez de navío en el patio, que no ví por donde entró. Era un entusiasta de rancio españolismo, que me saludó escitándome que armara al paisaje, *porque habiendo* (fueron sus palabras), «tocado los franceses á degüello, era preciso decidirse á morir matando.» Todavía me parece sentir las espinas de mi corazón en este paso. Solo y aislado en aquel recinto de honor, contrastado mi juicio con unas órdenes contrarias á mis sentimientos, observado por una fuerza enemiga dentro de casa, oprimido por mi responsabilidad, que me la abultaba no solo mi juventud inesperta, sino lo complicado y nuevo del lance, y sin haber recibido mas noticias que las de aquel marino tan exaltado. ¿Qué partido habia yo de tomar? No me ocurrió otro que el de meterme cautelosamente en la sala de armas con un cabo y tres artilleros, para poner piedras á los fusiles, ocuparme en otros preparativos, y encarregar al animoso alférez de navío que, saliendo por una puerta falsa, fuese de mi parte á decir á mi comandante, que no vivia lejos, el estado en que nos hallábamos. El admitió la comision prometiéndose volver sin demora con instrucciones favorables, con su tema de *morir matando*: y así hubo de sucederle en el tránsito, pues no volvió, y nunca pude averiguar su paradero, ni su nombre digno de lugar en la lista de los próceres del valor y del patriotismo.

Su tardanza me causó ansiedad mayor en el riesgo de que los franceses receláran mi clandestino manejo, sin embargo de que yo habia prevenido á los otros artilleros que estuviesen siempre á la vista de los enemigos, y no pudiendo sujetar mas mi espectacion, recomendé á mi gente que continuase la faena, y bajé al patio sin mas fin que el de desahogar mi inquietud creciente por mas de una prolija hora, en que estuve haciendo de cabeza, no teniéndola yo proporcionable con aquel cuerpo engrosado de las mas altas indicaciones militares y políticas, y en que siempre contando mi poca gente pulsaba la debilidad de fuer-